

to del perdón lo es de aquella virtud sublime que tanto ha identificado el espíritu del hombre deleznable con el espíritu inmortal del Hombre-Dios.

Perdón... he aquí el aliento vivificador de la caridad: soplo celestial y divino que, surgiendo de la cumbre del Golgotha, vino a hacer encarnar en el corazón de la humanidad aquella virtud sacrosanta.

Por eso la caridad es el compendio de todas las virtudes sociales.

Bendita, bendita sea!

Un anciano venerable gime atribulado bajo el peso de la más acerba de las desventuras.

Vedle: ya no llora, porque de tanto llorar sus lágrimas se han secado. Su corazón estrujado ya no palpita al calor de los suaves afectos del hogar. ¿Para qué? Tenía una hija, el amor de sus amores, el ídolo de su alma, el ángel de sus ensueños, el consuelo de sus postrimeros días, el báculo moral de su vejez; pero esa hija, una pasión criminal se la arrebató en noche nefasta.

Aquel golpe rudísimo hirió de lleno su existencia robusta, y allá en lo profundo del alma, donde guardaba el altar de sus más puros afectos filiales, fué a clavarse el dardo agudísimo de un dolor cruel y despiadado. Abrió sus ojos, y al darse cuenta de toda la magnitud de su desgracia, lloró... pero lloró tanto... tanto que ya no puede, ya no quiere llorar más. El llanto, después de todo, es producto de suaves emociones del alma, y sirve de consolador rocío en las tribulaciones y congojas del humano espíritu.

Para los grandes pesares no existe ni aún la esperanza de ese dulce lenitivo.

En los grandes pesares, se gime, se destila sangre gota a gota, se atrofia el corazón y se muere... con esa triste muerte moral que es presagio del fin de la materia; pero no se llora, no; ¡que el suave consuelo de las lágrimas está vedado al hombre en sus enormes y horrendos infortunios!

Miradle: vacilante, absorto, distraído, con la mirada fija, insistente. ¡Ah! es que a cada paso se aparece ante sus ojos el espectro ensangrentado de la hija idolatrada.

Pero dejadle, no le profaneis: que es la estatua del dolor.

Su alma se hallaba cerrada a todos los dulces afectos de la vida, es verdad; pero allá, en un recóndito repliegue de su noble corazón dolorido, latía aún un sentimiento de misericordia.

Ese sentimiento era preciso que subiera del corazón a los labios del desventurado anciano, porque así lo pedían, porque así lo suplicaban, por el amor de Dios, dos seres humanos condenados a morir en un patíbulo.

De conseguirlo así, como ya saben nuestros lectores, se encargó la elocuencia del diputado por Velez-Rubio, quien con tonos persuasivos, imágenes bellas

y giros conmovedores, hizo desaparecer de la mente del anciano el espectro ensangrentado de la hija para que surgiera en su lugar la angelical figura de la nieta, circundada con la aureola de la inocencia.

Y entonces fué cuando asomaron a los trémulos labios del venerable viejo aquellas hermosas palabras que habrán sonado en el corazón de los reos como suave y refrigerante bálsamo:

«Decidles que están perdonados; si, ¡yo los perdono de todo corazón!»

Aún ha llegado más allá su misericordia hacia aquellos que tanto han lacérado su alma y amargado su existencia: él mismo ha impetrado de la reina el perdón para los sentenciados.

Caridad, perdón. Virtud sublime... cómo engrandeces y dignificas a los hombres!

Sócrates, bebiendo la cicuta, dirigía frases de perdón a sus aherrojados: Sócrates es el filósofo inmortal de la antigüedad griega.

Carlos I de Inglaterra lloró desde el cadalso por la suerte de sus verdugos y tuvo acentos de perdón y conmiseración para los mismos que le decapitaron: Carlos I echó los cimientos de una formidable dinastía de la edad media.

Cervantes, Tasso, Milton y Camoens, desde el hospital ó la cárcel, tenían cantos de alabanza para sus perseguidores: Camoens, Milton, Tasso y Cervantes, son cuatro genios inmortales que aún forman el asombro del mundo literario.

Colón, el descubridor de un nuevo mundo, murió en el oscuro rincón de un calabozo compadeciendo a sus detractores.

Cicerón, el rey de la palabra, el fénix de la antigua Roma, envió su perdón escrito a Marco Antonio que le condenaba a infamante proscripción.

Y Cristo, el divino Ungido, el Mártir de la humanidad, el Salvador de los mortales, el Regenerador de las naciones, el Rey de los reyes y el Maestro de los oradores, de los filósofos y de los poetas, mientras era escarnecido, flagelado y escupido, oraba en silencio por sus verdugos; pero cuando brilló con toda la magnificencia el esplendor de su divinidad, fué cuando, pendiente de la redentora Cruz, elevó su celestial mirada exclamando: *Pater, ignosce illis.*

Perdón sublime del Hombre-Dios, que, resonando por todos los ámbitos del mundo, esparció el divino germen de aquella sacrosanta religión que hizo grandes a los pueblos, fuertes a los soberanos y poderosos a los imperios; que convirtió al esclavo en hombre, al hombre en creyente, al creyente en mártir, al mártir en héroe y al héroe en santo; echando los sólidos cimientos de aquellas nuevas sociedades y de esas robustas civilizaciones que diez y nueve siglos después habían de exclamar por boca del insigne Dupanloup: «Caridad: hé ahí todo el cristianismo».

¡Desdichados reos de Velez-Rubio! Hemos terminado la misión que nos impusimos en vuestro obsequio.

Ante la hermosa campaña sostenida con este objeto por la culta prensa almeriense, creímos un deber ineludible el levantar también nuestra humilde voz para secundar aquella labor noble y humanitaria.

Hemos consagrado a tan piadoso fin atención y lugar preferentes en cuatro números consecutivos de LA OPINIÓN. Hemos llamado al corazón de la augusta dama que regenta el trono; hemos excitado los sentimientos de clemencia de este honrado vecindario para que coadyuvase a esa empresa de piedad y misericordia; y hemos, por fin, impetrado con toda la efusión de que es capaz nuestra alma, el indulto para esos desventurados.

Si cualquiera de los conceptos emitidos en estas columnas logra arrancar un solo latido de piedad del corazón magnánimo de nuestra reina, habremos dado nuestra pobre labor por fructuosa y bien empleada. Mientras tanto, quedamos otra satisfacción no menos inefable: la del deber cumplido.

Las modestas súplicas de LA OPINIÓN, que sintetizan los sentimientos del vecindario todo de Velez-Rubio, llegarán al régio alcázar como han llegado las de la prensa de la capital. A la egregia señora que nos rige y a los consejeros que la ilustran, toca ahora responder a ese espontáneo y generoso impulso de cristiana caridad, con esta frase que simboliza hoy la aspiración unánime de almerienses y velezaños:

«Están perdonados los reos!»

F. P.

INFORMACION POLITICA

Madrid 7 de Enero de 1895.

Sr. Director de LA OPINIÓN.

Mi estimado amigo: Cojo hoy la pluma bajo el peso de una grande y amarguísima preocupación; la campaña de Cuba va revistiendo caracteres tales que (hay que decir la verdad) supera a todos los pesimismo. La invasión del Departamento occidental por las partidas insurrectas, es un hecho; Máximo Gomez y Maceo han recorrido la Isla desde el Departamento oriental a Pinar del Rio, es decir una extensión de más de mil kilómetros casi sin combatir; mientras en la guerra de los diez años se vieron libres de separatistas las provincias de matanzas, Habana y Pinar del Rio, hoy se extiende el incendio desde el Cabo Mais al Cabo de San Antonio. Este hecho tristísimo y evidente que no puede atribuirse a deficiencias de nuestros soldados y de sus caudillos, sino que hay que buscarle explicación en las condiciones del terreno, en el apoyo que, unos por miedo, por simpatía otros, prestan muchos naturales del país los insurrectos y en la extraordinaria e inconcebible movilidad de estos, ha producido justa alarma, porque, sea lo que quiera, el hecho existe; la gravedad es inmensa y la excitación de la opinión pública extraordinaria.

El último telegrama oficial, recibido esta mañana, y que esta noche publicará la prensa, es seguro que aumentará la excitación de los ánimos, pues el General en jefe